

Manuel Aznar Soler (ed.). *El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Ochenta años después*. Valencia: Generalitat Valenciana, 2021. ISBN: 978-84-482-6564-9. 499 páginas.

Ochenta años separan los dos encuentros de los que surge este libro: el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura —celebrado en Valencia, en julio de 1937, en plena Guerra Civil—, y las Jornadas Internacionales que tomaron en 2017 este histórico y trascendental Congreso como objeto de estudio. También en la ciudad del Turia, durante los días 20, 21 y 22 de noviembre, reconocidos investigadores procedentes de universidades españolas y extranjeras se reunieron en estas Jornadas para analizar y discutir desde diversos ángulos los debates que dominaron el Congreso de 1937, el contexto político y literario que lo circundó y el papel que desempeñaron en él sus principales protagonistas. De la compilación de la treintena de ponencias presentadas resulta este volumen: *El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Ochenta años después*.

A cargo de Manuel Aznar Soler —quien ejerció de coordinador académico de las Jornadas y aportó además un trabajo sobre André Gide—, la edición de este volumen colectivo dispone las ponencias en cinco grandes bloques: «España», «Nacionalidades históricas», «Europa», «América» y «Fuentes documentales y fotografía». Estos bloques están flanqueados por el texto inaugural de José-Carlos Mainer y por el que Angelina Muñoz Huberman leyó en la clausura, en torno a la participación de la delegación mexicana en el Congreso. A los efectos de esta reseña, resulta especialmente interesante destacar la intervención de Mainer, «La conquista del pasado cultural: años sesenta y setenta», puesto que sirve para trazar las coordenadas críticas en que se ubican las Jornadas y reconocer así la tradición en que se inserta su esfuerzo historiográfico. Entre los diversos ejercicios de la memoria llevados a cabo desde 1975, Mainer subraya la importancia de los trabajos de Luis Mario Schneider y Manuel Aznar Soler, un autor, este último, fundamental en el estudio del Congreso del 1937, con numerosas investigaciones y exposiciones orientadas a la construcción de una «memoria democrática» de la Guerra Civil y de la cultura de la Segunda República.

Antes de abordar la revisión del contenido del volumen, conviene detenerse, precisamente, en la paradoja que subyace al trabajo de Aznar Soler sobre André Gide. «Gran ausente» y, por ello, paradójicamente, como digo, una de las figuras centrales del Congreso, la alargada sombra del novelista e intelectual francés se cuela en muchas de las ponencias. Al fin y al cabo, en ella se inscribe la polémica

medular del Congreso: la tensión entre política y literatura; esto es: las idas y venidas en torno a forma literaria que debía adoptar el compromiso antifascista y a la relación de los escritores con la estética literaria soviética, marcada por realismo socialista desde 1934. Después de haberse convertido en una referencia del compromiso político a nivel internacional con su texto «Defensa de la cultura» —leído en 1935 en la primera edición del Congreso, en París—, el viaje de Gide a la URSS en 1936 y los libelos que escribió a su vuelta constituyeron el gran punto de inflexión en su relación con el comunismo y también la principal razón por la que el francés fue excluido del Congreso de 1937. Impuesta por la delegación soviética, la exclusión de Gide, evidentemente, era un tema controvertido y sensible. De un lado, para muchos escritores —entre los que está Arturo Serrano Plaja, por ejemplo, como estudia José-Ramón López García—, Gide era un modelo ético, al igual que André Malraux y otros escritores políticos de la época. Del otro lado, sin embargo, el francés era una grieta: una voz disidente cuyas críticas a la URSS podían ser interpretadas y utilizadas como un argumento más al otro lado de la trinchera, un arma regalada al enemigo.

Estas cuestiones y otras relacionadas con la función social del escritor y el potencial de la literatura en el combate contra el fascismo se analizan en el primer bloque del volumen. Bajo el rubro de «España», se agrupan, entre otros, los estudios de Xosé Luis Axeitos, Guillermo Carnero, José-Ramón López García y Jorge Urrutia sobre las intervenciones que realizaron en este sentido los escritores Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, Arturo Serrano Plaja y Miguel Hernández, respectivamente. Muestra de las ideas sobre literatura y política de varios de estos escritores es el texto titulado «Ponencia colectiva», que desbroza Serge Salaün en su trabajo «*Hora de España: ¿en busca de una literatura “revolucionaria”?*» Aquel texto-manifiesto fue escrito y leído públicamente por Serrano Plaja en el Congreso y sintetizaba las ideas del grupo de escritores y artistas que confluían en la publicación *Hora de España*. Frente al romance y la «facilidad» del arte popular y de propaganda —emergente durante los años de la República y urgente en la guerra—, los firmantes de la «Ponencia colectiva» defienden lo íntimo, la individualidad y la voz personal del creador. Un clásico, en definitiva: la autonomía del arte frente a su puesta en juego política.

Dos artículos del primer bloque que se alejan de estos debates son el de Emilio Peral Vega, «Homenaje al poeta asesinado: una Mariana Pineda antifascista y barraquil», y el de Edelmir Galdón Casanoves, que explora las razones que pudieron explicar la ausencia de Manuel Azaña en el Congreso de 1937. Pareja vocación interpretativa se encuentra también tras la mayoría de los trabajos que integran el segundo bloque: «Nacionalidades históricas». Xesús Alonso Montero

traza un perfil intelectual y político del polifacético artista y escritor Castelao, repasa los nombres de los asistentes gallegos al Congreso y cierra su intervención con la misma pregunta con que la abrió: ¿por qué no asistió Castelao? La incógnita, como se ve, sigue irresuelta. Más precisos resultan en cambio el resto de los trabajos del bloque. El de José Ángel Ascunce Arrieta hace un repaso las presencias y ausencias más notables del Congreso entre los escritores e intelectuales vascos a través de un sumario de nombres, biografías y perfiles políticos y concluye que el evento despertó poco interés, especialmente entre los relacionados con la cultura del nacionalismo vasco. Titulada «En defensa de la cultura, de las culturas: la Delegación del País Valenciano», la investigación de Francesc Pérez i Moragón aborda la significativa creación de la delegación de escritores valencianos, el contenido del «Informe» que presentaron y la repercusión que tras la victoria fascista tuvo para esos escritores su participación en el Congreso, a partir, esto último, de datos extraídos recientemente del Centro Documental de Memoria Histórica. Resta por mencionar el único artículo de este bloque escrito en una lengua peninsular que no sea el español. Con «El Congrès de l'AIDC: la recepció a la premsa catalana de Barcelona (i un document inèdit)», María Campillo describe la organización de la que emergió la representación catalana en el Congreso y la recepción que este tuvo en la prensa. Junto a esto, aporta un documento inédito: el texto que el director de la Biblioteca de Catalunya, Jordi Rubió, escribió el 7 de julio de 1937 y leyó al día siguiente por la radio.

De las siete ponencias del tercer bloque, «Europa», tres coinciden en su enfoque y divergen en la nacionalidad de su objeto de estudio: José Carlos Rovira aborda la participación de la delegación italiana y Georg Pichler hace lo propio con la alemana; Bethania Guerra de Lemos, por su parte, analiza el impacto de la Guerra Civil española en el pensamiento lusófono y la participación portuguesa en el Congreso a través de su único representante: Jaime Cortesão. Deslizándose la atención hacia el género, Allison Taillot aporta un punto de vista novedoso y necesario con su investigación «Mujeres y antifascismo: presencia y ausencia de las escritoras en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (1937)». Parte de una revisión de la imprecisa nómina de mujeres que participaron en el Congreso y pondera la importancia de su presencia a través de discursos y textos autobiográficos de escritoras como Sylvia Townsend Warner, Isabel de Palencia o Valentine Ackland. En la misma línea que la investigación de Taillot está el trabajo de Matías Barchino. Con «Amparo Mom, de pronto en España» —presente en la sección «América»—, Barchino describe la trayectoria vital y los escritos de la periodista argentina,

quien dejó constancia de su paso por España y de su asistencia al Congreso junto a su compañero Raúl Fernández Tuñón.

Complemento perfecto del ya mencionado trabajo de Aznar Soler sobre André Gide, la investigación de Natalia Kharitonova acerca del rol que jugaron los escritores soviéticos en la organización del Congreso resulta sumamente interesante por varios motivos. El primero y más evidente es el caso Gide. El segundo es la centralidad de la actuación de Rafael Alberti y María Teresa León, que viajaron a Moscú como delegados de la República y llegaron incluso a tener un encuentro con Stalin. A través de telegramas, cartas e informes —en un apasionante triángulo español, francés y soviético—, Kharitonova desgrana con todo rigor un conflicto diplomático que da cuenta del peligro que corrió la celebración del Congreso y de las dimensiones que desde Moscú otorgaban al evento en la lucha antifascista. De hecho, qué duda cabe, la tenía. No en vano uno de los objetivos cardinales del Congreso era el reclamo de una mayor solidaridad internacional con la España republicana. De los intentos infructuosos de parte de la prensa extranjera para empujar a las democracias occidentales a abandonar su política de no intervención se ocupa Évelyne Ricci con su trabajo «La recepción del Segundo Congreso de los Escritores para la Defensa de la Cultura en la prensa francesa: el caso de Vendredi y de André Chamson o la apuesta imposible por la paz». Niall Binns, por su parte, en su ponencia «Entre la mala conciencia y el deber: el intelectual extranjero en el Congreso de 1937», examina el dilema ante el que estaban muchos escritores latinoamericanos. Admiraban la resistencia del pueblo español y querían contribuir a la causa. Ahora, ¿cómo podían hacerlo? Sobre la base de esta pregunta, Binns analiza las dos caras la solidaridad de los escritores latinoamericanos: la de quienes escribían a la España en guerra desde la distancia —Cipriano Santiago Vitureira, Carlos Mastronardi, por ejemplo—, y la de quienes viajaron hasta la Península para pelear o acompañar in situ con la palabra: Pablo Neruda, Vicente Huidobro, César Vallejo o González Tuñón, entre otros.

En vista de lo expuesto hasta ahora, es claro, mejor hubiera encajado el trabajo de Binns en el cuarto bloque: «América». La más general de las ponencias que lo integran es la de Jesús Cano Reyes: «Dar parte y tomar partido. Corresponsales hispanoamericanos y la recepción transatlántica del Congreso de 1937». Se trata de una cartografía de las escrituras que siguieron el conflicto español y dieron cuenta del Congreso desde la otra orilla: las crónicas y artículos que vieron la luz en Buenos Aires, La Habana, Santiago de Chile, Panamá y México. El trabajo de Cano Reyes, de alguna manera, sirve de umbral a otro: en «España bajo las bombas. Alejo Carpentier, cronista del Segundo Congreso Internacional de Escritores para

la Defensa de la Cultura», David Becerra Mayor analiza las crónicas que Carpentier escribió a su paso por la España en guerra y las lee en paralelo con ciertos pasajes de *La consagración de la primavera*. Miguel Barnet y Nicolás Hernández Guillén — nieto del poeta—, por su parte, exploran el tránsito de Nicolás Guillén por España. El primero lo hace en el marco de un homenaje a la delegación cubana que participó en el Congreso; el segundo, indagando en la profundidad de la huella que España, su lucha y sus poetas dejaron en el cubano. Finalmente, Adam Feinstein y Olga Muñoz Carrasco abordan el estudio de dos singularidades poéticas insoslayables y centrales en el Congreso: Pablo Neruda y César Vallejo, respectivamente.

El quinto y último bloque del libro se titula «Fuentes documentales y fotografía» y está compuesto por dos trabajos. En el primero Lorna Arroyo ofrece una aproximación a la cobertura visual del Congreso a través de una figura histórica fundamental: la fotógrafa alemana Gerda Taro, auténtica pionera del fotoperiodismo bélico. En cuanto al segundo trabajo, lo firman Severiano Hernández Vicente y Manuel Melgar Camarzana y se titula «El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura: documentos e imágenes en los Archivos Estatales». De especial interés para futuros investigadores, el objetivo de esta intervención es dar cuenta de las fuentes documentales relacionadas con el Congreso —sean textuales, gráficas, bibliográficas o hemerográficas—, cuya custodia corre a cargo de archivos pertenecientes a la Subdirección General de los Archivos Estatales; en este caso: el Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca) y el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).

A lo largo de este breve recorrido por *El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Ochenta años después*, se han podido comprobar los alcances y el rigor de este volumen: una poliédrica aproximación a uno de los eventos culturales y propagandísticos más importantes de la historia reciente de España. Caían bombas, el pueblo resistía al fascismo y el mundo tenía que saberlo. Este trabajo, sin duda, contribuye, ochenta y cuatro años después, a apuntalar aquel singular esfuerzo democrático.

Mario Gutiérrez Blanca